

CAPITULO V.

TOMA EL ABITO EN NUESTRA
Serafica Religion el Beato Thomàs: Pro-
fessa, y exercita virtudes heroycas
apoyadas con mi-
lagros.

Aquellos naturales afectos, y propensiones, que siguiendo descaminados las ceguedades del apetito, sirven con escandalo del mundo à la iniquidad: gobernados, y corregidos por la gracia, sirven tambien admirablemente à la santificacion; pues solo con mudarles la materia, queda virtud heroyca, lo que antes era feisima monstruosidad. Para ser el Doctor de las Gentes vaso escogido de Dios, no necesitò de arrojar la espada, sino de bolverla àzia otro lado; alzandola de la Iglesia, à quien perseguia, y cargandola sobre el Judaismo, cuyas tradiciones avia zelado con execrable ardimiento. Despeñò à Thomàs en ciegas temeridades la ossadia de su coraçon, corriendo en alcance de sus apetitos: pero essa misma ossadia gobernada ya por la gracia, le entraba sin embaraço en las empresas mas arduas de la virtud, intentando en el servicio de Dios hasta los impossibles. Tan defaforado de si jugaba las armas de la mortificacion contra el orgullo de sus apetitos, y passados vicios, que los tenia arredrados: y como se le pintasse possible la victoria, jamàs se detuvo en lo difficil. De aqui nacia aquella ardiente inquietud de su coraçon, con que andaba buscando siempre mayores empresas, para hazer de las victorias nueva, y mas copiosa satisfaccion de sus culpas. No se faciaba la sed de su arrepentimiento con las penitencias, que le determinaba su Director; no con los ayu-

nos, no con las vigiliàs; no con los azotes; no con los rallo, con la penuria, con la aspereza, con el frio, con el desprecio, con la oracion; ni con todos los demás quebrantos, con que podia mortificarle el figlo: y le parecia, que solo hallaria la satisfaccion, que anhelaba, sacrificando toda su libertad à los pies de la obediencia en el estado Religioso. Propuso este pensamiento al Director de su Alma: quen despues de examinarle con largas, y maduras experiencias, al fin le aprobò; y prometio ayudarle en tan santo desigño, venciendo la gravissima dificultad, que se ofrecia verdaderamente en la obscuridad de su nacimiento. Diòle principio à la resolucion, hablando ambos al B. Juan Estroconio, Varon de relevante fantidad, y sabiduria, que à la fazon predicaba en Florencia: y como el Pretendiente llevaba en la bondad de su espiritu, y constante fama de virtuoso la mayor recomendacion, para quien miraba las cosas con verdadero desengaño: respondió el B. Estroconio, dando buenas esperanças, apoyadas con su interposicion para con los Padres de la Familia. Estos, atendidas las calidades extraordinarias del sujeto, resolvieron no se le debía negar el Abito; puesto que avia ya lavado las manchas de sus escandalos con el agua de sus ojos; y desaparecido el rastro de su linage con el buen olor de su fama. Y en fin, que teniendo la virtud Christiana en si misma el solar illustre de la verdadera nobleza; la recepcion de Thomàs no solo no seria indecorosa, sino de mucho honor para la Familia; de mucha edificacion para los proximos, y para Dios de mucha gloria. En virtud de tan acordada, y santa resolucion, recibió el Abito el B. Thomàs en el Convento de N. S. P. S. Franciscano de Fesulis, con aquella consolacion,

cion, y fervor, que se dexa discurrir de la elevacion de espiritu, en que el Señor le tenia. Para que hiziesse su noviciado, pareció conveniente à los Prelados passarle al Convento de Escarlino, que por tener su asiento en parage solitario, y fragoso, està excitando à la compuncion, y à los exercicios de penitencia. Aqui, aviendo llenado con sus exemplos el fervoroso Novicio las esperanças, que se concibieron de su vocacion, profesò nuestra Serafica regla en el estado humilde de Lego, no solo con aprobacion, sino con singular regozijo de todos los Religiosos.

Azorado poderosamente el espiritu del B. Thomàs con las obligaciones del nuevo estado, procurò desempeñarlas entregandose al exercicio de virtudes heroycas, como si hasta aquel punto no huviesse dado passo en el camino de la perfeccion. Sentò con valiente resolucion la importante Maxima de no dar oidos al amor propio, quando persuade su convenienciã con las voces de la necesidad. En este presupuesto, hazia gemir à su cuerpo debaxo del azote de las penalidades, tratandole como à esclavo rebelde, sin darle treguas, ni esperança de ellas. Sus filicios hazian grima à la vista por la aspereza: sus disciplinas horrorizaban el oido por lo defaforado de los golpes. Cubria su desnudez vna sola tunica taraceada de remediendos sin arte, que fomentaba mas el desprecio, que el calor. Siempre anduvo enteramente descalço, aviendo peregrinado en servicio de la Iglesia, como dire despues por las tierras de Venecia, Romania, Palestina, Egipto, y Ethyopia. Su ayuno se continuaba sin interrupcion por todo el año, no siendo su ordinaria refeccion sino pan, y agua en escasa cantidad. Lunes, Miercoles, y Viernes se abstenia de toda

bebida, y mezclaba el pan con acivar, ò axenjos. Dispenaba en este rigor solo los dias muy festivos, en que tambien por gran regalo comia con el pan algunas yervas crudas. En las siete Quaresimas de N. S. P. S. Francisco, añaia à los ordinarios rigores de sus ayunos otros muy extraordinarios, que ingeniaba su amor en obsequio del Amado. Passabanse muchos dias en estos tiempos sin tomar refeccion alguna; sustentandose solo, ò con las dulçuras de la contemplacion Divina, ò con el pan de sus lagrimas. El sueño (que tomaba siempre en la tierra desnuda) era tan breve, que casi no era.

Para la oracion no determinaba horas; porque la daba todas las del tiempo. Ibase al Coro antes de Maytines, y alli perseveraba de rodillas hasta la aurora, inmoble como vna marmol, sino quando los impetus del espiritu le levantaban en el ayre: que era muchas vezes. Toda la materia de su oracion se reducía à dos principales puntos: *Quien era el para con Dios, y quien era Dios para con el.* Sobre estos dos Polos se movia toda la armonia de sus afectos; resultando de ellos, efectos tan prodigiosos, que parecieran increíbles; si la experiencia no los huviesse calificados en otros Santos. Encendíase todo con el amor igneo, que llaman los Mysticos; hasta dexarse ver con aquellos cambiantes, que de la fragua saca al hierro, quando despiende llamas. Respiraba su coraçon en estas ocasiones, quexas amorosas, suspiros ardientes, lagrimas encendidas, q̄ pegaban fuego de devocion aun à las piedras. No obstante q̄ estas admirables exterioridades servian de mucha edificacion à los Religiosos, impedían bastantemente la quietud, que necesitaban para la oracion, y rezo de Maytines. En esta consideracion, se dispuso, que el B. Thomàs pas-

passasse las noches en vn pedazo de monte, contiguo al Conuento, dentro de su Cerca, donde avia algunas Hermitas acomodadas para el empleo de exercicios santos. Aqui, con la libertad que le ofrecia lo solitario del monte, soltaba sin remor la repre- fta de sus afectos, llenando el ayre de suspiros, que por lo encendido eran propiamente exhalaciones. Acechaba- le à tiempos la devota curiosidad de algunos Religiosos; y testificaron averle visto muchas vezes subir por el ayre con la misma ligereza, y à la misma altura, que pudiera vn disparado cohete.

Poco aprecio merecieran estos prodigios, si no estuvieran apoyados en la constante practica de virtudes heroycas, que son el fruto de los favores Divinos. En la obediencia, nor- te fixo de los aciertos del Alma, sobrelalò maravillosamente. Jamàs hallò dificultad en los mandatos del Superior, aun quando eran imposibles à las humanas fuerzas. Es prodigioso argumento de esta verdad el caso, que le sucedió con San Juan de Capistrano. Caminaba este Varon de Dios à Jerusalem, para reformar con autoridad de la Silla Apostolica (como ya dexo dicho en su Vida) algunas corruptelas. A este fin llevaba consigo algunos Compañeros de señalada virtud, y entre ellos à nuestro Thomàs. Quando passaron por la Isla de Chipre en profecucion de sus jornadas, se hospedaron en la Casa de vn opulentissimo Cavallero Veneciano, muy afecto à la Orden. Recibiólos con caritativo agasajo; y para regalar à Huespedes tan de su cariño, hizo, que sin escasez se llevasse à la cocina lo mejor de la despena. El B. Thomàs, que estaba como fuera de su centro, fuera de los exercicios humildes, se fuè à la cocina; y con el deseo de aliviar à los Cocineros, y Sir-

vientes, les persuadiò lo dexassen todo por su cuenta; que el daria à su tiempo la comida fazonada. Ellos, que huvieron menester pocas persuasio- nes para desuydar, lo fieron todo al Siervo de Dios, como lo pedia. Aca- ciese por su corta habilidad, ò porque el Señor lo permitió así, para dar ocasion à la maravilla, que se viò des- pues: Fray Thomàs malogrò toda la comida; porque la sirvió à la mesa tan defazonada, que ninguno de sus guisos se pudo entrar en la boca. La confusion del Cavallero en este lance es mas facil à la consideracion, que à la lengua. No era menor la del Santo Capistrano, luego que el B. Thomàs se confesò delincente: disculpando al mismo tiempo à la familia, arredra- da ya con las iras del Cavallero, que culpaba à todos, sin admitir disculpa. Entonces San Juan de Capistrano, arrebatado de impetu de fagrada ira, se convirtió al Beato Thomàs, y comengò à reprehenderle su des- cuydo severissimamente. A las indignadas voces del Santo emmudecie- ron todos los circunstantes, y Fray Thomàs se postrò en el suelo, para recibir con la mayor humildad la re- prehension. Al concluirla, movido nuevamente el Santo Comissario de especial Divino impulso, le dixo: *Va- ya de as; y para satisfacer el perjuycio, que ha hecho à la Santa Pobreza, y el mal exemplo, que ha ocasionado à todos, trayga en las manos las asquas, con que ha mal- varatado la comida.* Apenas oyò el mandato el B. Thomàs, quando se partió como vna exhalacion à la co- cina, y de las asquas mas vivas traxo à la presencia del Santo todas las que pudieron caber en ambas manos jun- tas. A su vista palmaron todos, sino San Juan de Capistrano; que para que el Señor fuesse mas glori- ficado en la humildad, y obediencia de su Siervo, hizo al B. Thomàs, que

Vovading.
ad ann.
1447.
23.

que con las brasas en las manos se hincasse de rodillas, y confessasse à voces su pecado, pidiendo à todos perdon. En este punto el Cavallero, y los Circunstantes, que hasta allí avian emmudecido, con espectáculo tan prodigioso: rompieron el silen- cio, pidiendo encarecidamente à Capistrano templasse la indignacion, y remitiesse la penitencia. Inexorable à todo el Santo tuvo arrodillado con las asquas en las manos al B. Thomàs, hasta que pidió perdon à cada vno de los de la familia. Cumplida con mas que heroyco rendimiento la pe- nitencia, le mandò bolvielle las as- quas al hogar, y se lavasse las manos; porque esperaba en Dios, que con el agua se templarian los ardores del fuego. Obedeció puntual: bolvió las asquas; lavóse las manos: vino, y las mostrò sin lesion. No pararon aquí los milagros; porque viendo el B. Tho- màs, que todos festivos daban al Señor gracias, por sus maravillas, dixo con tanto gracejo: *Hermanos, las gra- cias se dan despues de comer; lo qual no avéis hecho por mi mala habilidad; así, tratemos agora de esto; que despues alaba- rémos à Dios por todo.* Y diciendo, y haziendo, bolvió à sacar los platos à la mesa, iustando à que se sentassen, y comiesse. Hizieronlo, y hallaron los manjares de tan otra fazon, que parecian baxadas del Cielo. Con este saynete comieron à satisfaccion del cuerpo, y del Alma; con que acabò la mesa en alabanzas de Dios por la multitud de sus misericordias.

No se arguye menos la heroyca perfeccion de la obediencia del B. Thomàs, aviendo obedecido despues de su muerte al mismo San Juan de Capistrano, quando le mandò cessar en los milagros hasta la Canoniza- cion de San Bernardino. Así lo dexo ya referido en el Libro Primero de esta Quinta Parte, Capitulo veinte y

nueve, y bolverè à tocarlo en la Rela- cion de los milagros posthumos del B. Thomàs, como en lugar no solo oportuno, sino preciso.

CAPITULO VI.

PREDICA EL BEATO THOMAS
convirtiendo Hereses, y pecadores: Aug-
menta Conventos à la Observancia: Ha-
zenle Maestro de Novicios; Mila-
gios, y frutos de su Ma-
gisterio.

NO solo impropio, sino presump-
tuofo, y temerario podra pa-
recer à algunos el Magesterio publi-
co de las Almas, y la predicacion de
la Divina palabra en gente lega; sim-
ple; è idiota: pero quien supiere, que
el fuego del Espiritu Santo, embiado
de lo excelso à los coraçones, no solo
los enciende, è impele con el ardor,
sino que tambien los instruye; y habi-
liga con la luz: no estrañara los em-
pleos referidos en sujetos por otra
parte rudos, ignorantes, è impro-
porcionados. Era de necesidad idio-
ta à lo del mundo el B. Thomàs por
falta de noticias, adquiridas à tenial
Dios, empero, tan lleno de sabiduria
celestial, por la comunicacion de su
soberano amor, que suplia ventajosa-
mente con esta sabiduria, aquella fal-
ta de ciencia. Ardia en su coraçon el
zelo de la Casa de Dios; hasta levan-
tar llamas, que le impellian à no con-
tentarle solo con la salvacion de su
Alma, sino que se alargasse à las de
otras muchas, predicando con exem-
plos, y palabras à las criaturas to-
das. En estas yrgencias de la caridad
de Christo le detenia el conocimiento
de su baxeza; y la improporcion
de su persona para tal alto ministerio;
con que à manos del zelo, que le im-
pellia; y de la humildad, que le refre-
naba, padecia martirios dulcemente

penosos. No quisiera arrojarle temerario a vn empleo; que distaba tanto de su profesion; pero ni tampoco resistirse tímido del fin à que Dios le llamaba poderosamente: y para componerse con vnos, y otros afectos, sin zozobrar en los escollos, buscò el norte de la seguridad en la obediencia. Abrió todo su coraçon à los Prelados con absolutissima resignacion en su voluntad: y calificada por ellos con tan buena señal la vocacion, le ordenaron la puseffe en manos de la Silla Apostolica, para que esta, como oraculo de los aciertos determinasse lo mas conveniente.

En cumplimiento de la disposicion de los Prelados, se fuè el B. Thomàs à la prefectura de Martino Quinto, que à la sazón gobernaba la Nave de la Iglesia. Propuestos los deseos, y dificultades del B. Thomàs con sencillez de coraçon, y candidez de palabras: se hallò interiormente movido el Padre de la Iglesia à concederle, como lo hizo, no solo licencia para predicar con solemnidad la palabra Divina: sino facultad, para que, si reduxesse al gremio de la Santa Fè algunos Hereges, Fraticelos, que infestaban en aquellos tiempos muchas Provincias de Italia; los pudiesse admitir al Abito (supuesta su vocacion) absueltos por idoneos Ministros de sus crímenes, y censuras. Y finalmente; que pudiesse fundar Conventos de la Observancia en todos los domicilios, que dichos Fraticelos desamparassen; y en otros qualesquiera, que Señores particulares, Pueblos, Villas, ò Ciudades le ofreciesen.

Favorecido así de la Silla Apostolica, diò principio à su predicacion con admiracion de Italia. Veian todos palpablemente la poderosa mano de Dios en los efectos de aquellos Sermones: tanto mas eficaces, quanto menos vestidos de los afectos de artifi-

cioso eloquencia. Salta despedido de su pecho en cada palabra todo el Espiritu de Dios; que hablaba en el, dando voz de virtud à su lengua: con que convirtió muchos Hereges à la Fè; muchos pecadores à penitencia, y mucha juventud del siglo à la Religion. Ni la Familia de la Observancia quedò menos interessada en el fruto de sus Sermones; porque en virtud de la autoridad Pontificia que tenia, añadió à su numero diez Conventos en algunas Provincias de Italia: y en la del Santo Angel de Calabria otros muchos; cuyos nombres callan los Historiadores.

Despues de aver predicado algunos años con los referidos frutos, pareció conveniente à los Prelados instituirle Maestro de Novicios, para que à vista de su exemplo se criassen en la pura observancia de la Règla los que movidos de su predicacion concurrían de todas partes à tomar el Abito. Entre estos vinieron muchos de los Padres Conventuales, y de los Fraticelos convertidos; por cuya ocasion las Cabezas de vnos, y otros le movieron gravissimas persecuciones. Las de los Conventuales sufirió con admirable paciencia; emudeciendo del todo à las calumnias. A los Fraticelos, empero, como à enemigos de la Fè perseguia de muerte, respondiendoles à sus dictérios; redarguyendo sus errores; y abrennando de sus torpezas: todo con tan santa intrepidez de espíritu; que no pudiendo resistirle, bolvieron las espaldas, y huyeron lexos; dexandole el campo.

Desembarazado de este empleo; para dár cumplimiento al nuevo; en que le ponían los Prelados en la instruccion de los Novicios, se retirò à su antiguo Convento de Escarlino, de quien vino à tomar el nombre à causa de la continuada mansion, que hizo en

en el. Aquí procurò desempeñar su Magisterio, transfundiendo en los Discipulos el espíritu de nuestra Seráfica Règla; à cuyo fin facilitaba el passo à la doctrina con exemplos admirables en la practica de todas las virtudes. Criabalos en estrechissima pobreza, en humildad profunda, en obediencia rendida, en mortificacion total de sentidos, en quebranto del cuerpo, y en muy absoluta abnegacion de juycio, y voluntad propia: Dezia, enseñado de la experiencia, ser muy dificultoso, que facasse el Alma sin defectos todas estas virtudes, no teniendo à los ojos el Original de Christo Crucificado: y que esta labor no se hazia convenientemente sino en el taller de la santa oracion, asistiendole à ella con desvelado estudio, y aplicacion constante. Arreglado à esta Maxima, hazia, que sus Novicios gastassen muchas horas en el exercicio de la santa oracion. Despues de Mayines los llevaba consigo al monte del Convento, donde repartidos por sus Hermitas, prolongaban la oracion hasta la aurora con extraño fervor de espíritu. Al clarear del dia se juntaban, y ordenados en procesion salian por la puerta de la cerca à lo mas fragoso de la montaña, donde delante de vna Cruz cantaban las Letanias, y otras oraciones devotas; que concluidas se bolvian al Convento para asistir à Prima.

Estos piadosos exercicios, que mirados con ojos de carne; parecen poco ajustados à la prudencia; eran muy del agrado del Señor; y quiso confirmarlo con el prodigio siguiente: En oyendo las voces de los Novicios, se veian à ellos todos los lobos de la espesura, y transformada su fiereza en mansedumbre, les hazian mil halagos. Despues que con esta muda, y festiva demostracion daban testimonio de venir de paz, se quedaban im-

mobiles, y en profundo silencio, aguardando a que el Maestro concluyesse las oraciones. Concluidas; se incorporaban entre los Novicios, y con el mismo silencio; y mansedumbre; que dexò dicho; los acompañaban hasta dentro de la Clausura. Aquí los despedia el B. Thomàs con su bendicion; aviendole repetido el prodigio todos los dias; que durò su Magisterio.

No anduvieron con el menos obsequiosas las aves. Volaban muchas de varias especies por la Campaña en vna ocasion; que se hallaba dulcemente rendido à los impulsos del amor, y desahogò sus afectos llamando à las aves; para que le ayudasen à alabar las grandezas de su Amado. Vinieronle todas con estraña ligereza; y à competencia le festejaban con alegres gyros, y dulces gorgoros. Para cantar hizieron cascitos; vnas, de la cabeza; otras, de los ombros; otras, de las manos del Siervo de Dios; y él, por contentar à todas, disponia; que se sucediesen en ella demostracion; llegando las vnas despues de las otras. Quando ya le pareció conveniente; las bendixò, y mandò se bolviesen à su vaga Region del ayre, para continuar de su Criador las debidas alabanzas. Este mismo prodigio vieron repetido en otras ocasiones: aviendole añadido en vna de ellas la maravilla de coronarle vn resplandisimo globo de luzes, que en parandose el B. Thomàs se paraba; y en moviendose se movia.

Calificada su doctrina con exemplos; y milagros, la hazia dobladamente fecunda en los Novicios. Dexando à parte otros muchos de menos nombre; numera nuestro Analista veinte y quatro Varones de illustissima lánridad (y entre ellos al B. Antonio Estroconio) como frutos opimos, que coronaron de honor, y

gloria el feliz Magisterio de este Siervo del Altísimo.

CAPITULO VII.

VARIOS MILAGROS, Y DON DE PROFECIA, con que ilustrò Dios Nuestro Señor al Beato Thomàs.

Como los Siervos fieles sollicitari, en quanto pueden, la gloria de su Señor: así el Señor por amorosa correspondencia, y con infinitas ventajas sollicita la gloria de sus Siervos: añadiendo gracias à gracias, favores à favores, privilegios à privilegios, con que en la Congregacion, y Republica de los Justos los dexa famosos, y engrandecidos. Las penitencias, las virtudes, los raptos, la predicacion, y los prodigios, referidos en el Capitulo pasado, tenian ya afiançada en grado elevadísimo la veneracion, y fama del B. Thomàs: y sobre todos estos dones quiso la Bondad Divina acumular otros nuevos, favoreciendole con la gracia de los milagros, y con el dòn de la luz profetica, para que creciesse hasta la admiracion el lustre, y esplendor de su santidad heroyca.

Casi todos los milagros de este Siervo del Altísimo fueron en obsequio de la santa pobreza; de donde no levemente se arguye tenia en su coraçon esta santa virtud vno de los primeros lugares; y no sin el testimonio de los casos siguientes. Salì à desfogar los ardores de su espíritu à la libertad de la montaña, en ocasion, que el Convento necesitaba de vn jumentillo, para conducir la leña, y las limosnas de los Bienhechores. No avia entre estos quien fociorriese la presente necesidad; por cuya causa el Guardian estaba bastante afligido; y no menos compa-

decido el B. Thomàs por la affecion de su Prelado. Quando menos lo pensaba el Siervo de Dios, viò junto à sí en la soledad del monte vn Ciervo de bastante corpulencia. Su vista le traxo à la memoria la necesidad del jumentillo; y pareciendole, que à este podia substituir el Ciervo, le mandò en el nombre del Señor, que le acompañasse hasta la Clausura. Baxò el Ciervo la cabeza con ademanes placenteros, como dando à entender obediencia gustosa. Siguiò al Siervo de Dios, y este dispuso, que el Convento se sirviesse del Ciervo, asegurando haria lo mismo que qualquiera otra bestia de carga. Desempeñò con la experiencia la palabra del B. Thomàs; porque servia en todo lo necesario, dexandose cargar como vn jumento. Ibane la vida en esta humillacion honrada; pues aviendo estado en ella algunos meses, haziendo muy buen servicio, cogiò la puerta de la Cerca, y se entrò en la espesura à gozar de su libertad. Descubrieronle ciertos Cazadores, que ojeaban el monte; y aviendole dado alcance, le quitaron la vida. Facil, y grave moralidad ofrece el caso à los que pensando emmendar su fortuna, passan de la seguridad al riesgo.

En otra ocasion, haziendo camino à Roma con vn Compañero llamado Fray Benito de Florencia, se hallò en parage muy distante de poblado, y sin vn bocado de pan, que llegar à la boca. Levantò à Dios el coraçon, fixando en su Providencia la confianza; y apenas lo hubo hecho, quando descubrió de repente en medio del desierto vna sola Casa. Ende rezò sus passos à ella, y no hallò mas persona que vn niño. Este le ofreciò con maravilloso agrado dos panes recientes; y aviendolos tomado, dando gracias al Señor, continuaron su camino, con animo de no comer hasta

caida

caida de la tarde. A pocos passos se les hizo encontradizo vn hermosísimo Mancebo, que de los dos panes, que llevaban, pidiò le diessen el vno para el focorro de vn Santo Hermitaño, que se hallaba muy necesitado de alimento entre las nieves de los Alpes. Dieronle el pan, y al instante el Mancebo desapareciò de sus ojos, dexado sus coraçones llenos de júbilo; y mucho mas radicados en la confianza, que de la Providencia Divina debe tener el verdadero Frayle Menor para los aprietos de la necesidad.

En este mismo camino, el día antes de entrar en Roma, passaron vna Poblacion pequeña, donde, pidiendo limosna, llegaron à las puertas de vn pobre Labrador. Pidieronle por amor de Dios vn poco de pan; à que respondiò lleno de quebranto: Padres, perdonenque oy haze vn mes, que, por la universal carestia, y mi pobreza summa, no entra en mi casa mas alimento que yervas. Compadecido el B. Thomàs, le dixo, mirasse bien el arca, porque podria suceder hallarse pan en ella. Resistia el hombre con la evidencia de estar el arca vacia: è inflaba el Santo con la fe, que se debia tener en Dios: hasta que finalmente vencido el Labrador de las vrgencias del Santo, se fuè de allí à registrar su arca. Abrióla, y la viò llena de floreados panes. Con tan gran prodigio à los ojos, començò à gritar alabando à Dios; y casi fuera de sí por el gozo, salìò à la calle à pregonar la maravilla. A las voces se convocò la vecindad, y entrando en la casa, no se hartaban de tocar por todos sus sentidos las Divinas Misericordias en el olor, color, sabor, y cantidad de los panes. El Siervo de Dios, luego que el hombre començò à gritar, tomò dos panes para el resto del camino, y con toda la posible diligencia hurtò

Parte V.

el cuerpo à los aplausos, cautelando los insultos de la vanidad.

No fuè menos admirable el caso, que se sigue. Hazia camino con vn Compañero de mas robustez en el animo, que en el cuerpo; y pareciendole podria aguantar la jornada de todo vn dia, sin comer hasta la noche; resolviò seguir al B. Thomàs, que así lo tenia de costumbre. A la mitad del dia no pudo menos de mostrar flaqueza el Compañero, por mas que se esforzaba para encubrirla; porque ya sin poder echar el passo, ni aun el aliento, cayò en el suelo, rendido al cansancio, y à la debilidad. Hallabanse muy distantes de poblado, y sin alguna prevencion de comida: con que era imposible al B. Thomàs en aquella vrgencia reparar las fuerzas del Compañero sin recurso à lo Divino. En esta consideracion, puesto de rodillas, y derramando lagrimas, invocò el Soberano Poder, reconviendole al Señor con la fidelidad de sus promessas. Diòse por entendida, y por obligada de los clamores de su siervo la Bondad Divina: è instantaneamente despachò de las Alturas vno de sus Ministros, que en forma de bellissimo Joven focorriò la necesidad, entregando al B. Thomàs vn pan como vnas flores, y vna pequeña vasija de agua; que por basar del Cielo à reparar deliquios, fuè con propiedad el agua de la vida. Recibiólo el B. Thomàs con rendida veneracion; y quando quiso dar las gracias al Joven, desapareciò. Quedòse con el pan, y la vasija en las manos; y aviendo fortalecido al Compañero, prosiguieron su jornada hasta el Convento de Monte-Risio: en cuyo Sagrario colocò el Siervo de Dios la vasija, y vn fragmento del pan del Cielo, para perpetua memoria de esta maravilla.

x

Con

Con la misma promptitud, y fidelidad respondió el Señor à las peticiones de su Siervo en otras necesidades. Resolvió fabricar vna Hermita, consagrada à las Llagas de Nuestro Señalico Padre San Francisco, sobre la eminencia de vn risco, vezino al Convento de nuestra Observancia de Montellano en el Abruzzo. Llamados à este fin los Alarifes, respondieron, era imposible la fabrica por falta de cal, con que trahar las piedras. Pues no se dexa por esso, respondió el Beato Thomàs: cabad aquí (señalando debaxo de sus pies) y hallareis toda la cal necesaria. Rieronse los hombres à la proposición, como de cosa imposible, por la naturaleza del terreno: pero instados seriamente del Santo, huvieron de obedecerle. Cavaron, y à pocos golpes descubrieron, no sin admiración, toda la cal, que huvieron menester para perficionar la fabrica, sin que sobrasse nada: circunstancia, que hizo mas venerable la Hermita para la piedad, y memoria de los Fieles.

En la lonja del referido Convento de Montellano, sito en la cima de vn montecillo, se levantaba casi à la misma puerta del Templo vna peña tan grande, que cubria toda la portada, haziendo igual fealdad, y embarazo. Era empresa costosa aver de allanar à porfia de picos aquel padrastro; y para desbolverle con el arte de las palancas, no avia fuerças. Docientos Jayanes de las vezinas poblaciones, lo intentaron en vna ocasion; y despues de aver afanado casi todo el dia, no sacaron mas fruto de su trabajo, que el desengaño de que se canfaban en valde. Hallabafe presente el Beato Thomàs, y quando vió, que la gente abandonaba la empresa con descon-

fuelo de los Religiosos; dixo con igual disimulo, y fe: Vayan de ai, que no valen para nada. Yo con solo este pobre baculo, y dos hombres, que me acompañen, me arreo à echar lexos de aquí el peñasco; por que estas cosas, Hermanos míos, mas quieren maña, que fuerça. Dixo; y mandando à dos Seglares, que le ayudassen (para disimular el milagro) arrinó su baculo à la piedra. Apenas esta sintió el contacto, quando con asombro de todos se comenzó à trastornar, hasta que arrancada de su asiento, se despenó. Paró la piedra, pero no el milagro: porque conociendo el Siervo de Dios, que el peñasco, vencido de su basta pesadumbre, avia de destruir gran parte de huerta, segun el rumbo del despeno: le refrenó, mandandole, que parasse en la linde, y à la falda del monte. Obedeció puntual, violentando todo el impulso: nada diferente del bruto generoso, que al arbitrio del freno para en la carrera.

No corria tan viento en popa la fama de estos prodigios, que no forcejassen à sepultarlos en el olvido, ò en el desprecio; por vn lado, la impiedad blasfema de los Hereges; y por otro, las glosas de algunos doctos, que querian passasse por solidèz de juyzio la tosca dureza de su incredulidad. A vnos, y à otros profetizó el Siervo de Dios fines desastrosos; cumpliendose todo, no sin escarmiento, y pavor de los que escataban prevenidos con el aviso. Predixo tambien otros successos, y manifestó secretos muy escondidos. Descubrió la muerte, y la sepultura de dos mancebos, à quienes ocultamente sus enemigos dieron tierra; despues de averles quitado la vida. A vn Religioso, que andaba fugitivo, sin que supiesse de el su

Re-

Religion; le vió en partes muy remotas, y dispuso con esta noticia. se recogiesse à su Convento. A Fr. Gerónimo de Estufa, Lego de nuestra Observancia, persuació se aplicasse à las letras, y ordenasse de Sacerdote, con el beneplacito de los Prelados; anunciandole, que por este medio avia de ser muy vil à las Almas. Assi se cumplió; porque salió Fray Gerónimo tan excelente Predicador del Evangelio, que despues de aver hecho con sus Sermones en la Italia muchas, y grandes conversiones, predicó en las Islas de Chipre, y de Creta, con iguales, y aun ventajosos frutos:

CAPITULO VIII.

TRABAJOS, TORMENTOS, Y
afrentas, que padeció por la Santa Fe el
Beato Thomàs, siguiendo la difícil
empresa de penetrar en
Ethiopia.

EN la eminencia de perfeccion; y virtudes, que se dexa discurrir de lo que queda historiado, tenia Dios al B. Thomàs; quando levantó nueva llama de incendios su coraçon, batiendo sin cessar las alas de los deseos, por llegar à la vltima fineza de la caridad, que sacrifica la vida por el Amado en las aras del martyrio. Rebolvia muchas vezes el desperdicio, que avia hecho de su sangre, empenñado en temeridades locas; y se llenaba de confusión dentro de si mismo; viendo avia sido mas arrestanda su temeridad en servicio de vn hombre, que todas sus finezas en obsequio de Dios. Para despicar este agravio, que generosamente le avergonçaba, resolvió no perdonar diligencias de quantas le fuesen posibles, conducentes al logro de sus deseos. Esto era ya el

Parte V.

principal assumpto de su coraçon; esto, la ocupacion de su memoria; esto, la tarea de sus discursos; esto, la materia de sus conversaciones; esto, la pretension con sus Prelados; esto, su continua instancia en los estrados de la Divina Misericordia. Dióse por obligado de finezas tan puras el Señor, y les abrió el passo para que llegassen à la execucion por este camino. Aprestabafe al cumplimiento de su Legacia en las partes de Oriente el B. Alberto de Sarciano, para traer los Jacobitas al Concilio Florentino, como dexo ya referido en la Vida de este gran Varon. Entre los Compañeros, que eligió para tan ardua empresa, fué vno el B. Thomàs; quien abrazó su fortuna en la eleccion; con el afecto de quien la deseaba azorado de ardientes ansias; y con la confusión de quien estava fixamente clavado en el conocimiento de su baseza. Puesto en camino, llegó hasta Egipto, acompañando con fino empeno al B. Sarciano en todos los trabajos, y peligros de su Legacia; cuyos sucesos dexo ya referidos en el lugar citado. Dixe tambien allí, que al tocar el B. Alberto en los confines de Egipto, no pudo passar à Ethiopia, impedido de vna grave enfermedad; y que por esta razon; en virtud de la autoridad, que tenia de la Silla Apostolica; subdelegó Religiosos, que diessen expediente à la comission. Vno de estos fué nuestro Beato Thomàs, quien se arreltó à todos los peligros de camino tan largo; y de necesidad arduo; aviendose de hazer furtivamente por las tierras barbaras de los Sarracenos; sin licencias, ni passaportes.

Dió principio à su peregrinacion à campo travieso, extraviado siempre, quanto fue posible, de los caminos reales; y despues de largos rodéos tocó en vn Puerto del Mar

X

Ber-

Bermejo, donde à pocos dias hallò embarcacion, en que seguir su rumbo. Apenas zarpò la Galera, quando diò en manos de Piratas Turcos, que sin mucha diligencia la apresaron; quedando cautivo, y destinado al remo con los demás esclavos. Lo que aqui padeciò el Siervo de Dios, fue mas de lo que se puede dezir: porque sobre el mal trato ordinario, que era cruelísimo, le martyrizaban extraordinariamente con palos, azotes, cozes, y bofetadas; siendo fomento à estas repetidas crueldades el empeño que hizo de no mover los remos, quando los Turcos seguían, ò resistían à los Christianos. Y fuè especial providencia, que en alguna de estas ocasiones, en que tan arrestadamente provocaba su muerte por el amor de Christo, no se la diesen. En esta dura esclavitud estuvo algunos meses al remo de la Galera, hasta que le redimieron à buen precio vnos Mercaderes Florentines. Puesto en libertad, continuò su empresa con la misma dificultad de caminar desaviado; por cuya razon se vela precisado muchas vezes, y aun las mas, à librar su sustento en las yerbas, y raizes: bien que no le hazia novedad esta mortificacion en el desierto, aviendole sido tan familiar en el Claustro. Como para llevar adelante su intento, era preciso muchas vezes salir à los caminos reales à tomar lengua, bolviò à caer segunda vez en manos de los Turcos. Baxaronle à vna obscurísima mazmorra, donde cargado de hierros, y casi muerto de hambre le tuvieron muchos dias. Corriò la voz de su cautiverio entre otros Cautivos Christianos, que andaban sueltos de las prisiones, y se fuè estendiendo la noticia de modo, que

llegò à oidos de los Catholicos Comerciantes en aquellas partes. Estos, movidos interiormente de la diestra del Altísimo, se convinieron en redimir à costa de sus caudales al Beato Thomàs. Executaronlo así con harto sentimiento del Siervo de Dios: porque gozoso entre las penas, que sacrificaba à su Amador, se afligia con el rescate todo lo que se alegraba con el cautiverio.

Tercera vez bolviò à seguir su destino santo, pisando peligros, y afanando con el peso de las gravísimas dificultades; que facilmente se dexan considerar en el modo de su abio. Ya lo llevaba todo de vengida à esfuerzos de la gracia, quando casi à las puertas de Ethiopia le asaltaron los Barbaros, y tercera vez le pusieron en cadenas. Empeñaronse en esta ocasion los enemigos de nuestra Santa Fè, en apartar de ella al Beato Thomàs, y llevarle à su Secta; brindandole à este fin con riquezas, y mugeres. Escandeciòse todo con la impiedad, y torpeza de la proposicion: y como la mina de polvora, escondida en las entrañas del peñasco, en arrimandola el fuego, se explica repentinamente en estruendos, que hazen estremecer, y trastornar los montes: así el zelo de la Santa Fè, y amor de Christo en el pecho del Beato Thomàs, encendido poderosamente con el fuego de la tentacion, prorrumpiò en detestaciones de el abominable Mahoma; haziendoles parenté la torpeza de su Secta, hasta darles con todo el golpe de la luz, y de la evidencia en los ojos. Al impulso del espíritu, con que alentò el Siervo de Dios sus palabras, quedaron los Barbaros aterrados: pero luego que bolvieron sobre sí; convirtiendose

to-

todo su atterramiento en furor, arremetieron al bendito Varon como irritados toros, y embravecidos leones; y despues de averle arrojado en tierra, soltaron contra él todo el torrente de su corage, cargandole de palos, cozes, y bofetadas, con que à competencia desfogaban sus furias.

Saciado ya en parte este primer arrebatò de la ferocidad irritada, le sacaron medio arrastrando al campo; donde entre la aspereza de vnos riscos dexò rasgada la naturaleza vna cueva, ò sima formidable, tan rebuelta, que no la alcanzaba la luz; y tan profunda, que manaba en agua. Aqui le cerraron con otros tres Religiosos Compañeros suyos; lodando la entrada, para que à manos de la hambre, y de la hediondez acabasen las vidas. Veinte dias passaron en este inhumano, y mas que barbaro encierro, sin que el horror de la crueldad despertasse en la naturaleza la compasion de aquellos hombres. Al fin de los veinte dias abrieron la cueva, para lisongear con la evidencia de los ojos en los estragos de la muerte la fiereza de su brutalidad: y quando por la naturaleza del encierro juzgaton que de los Siervos de Dios solo avrian quedado los huesos; los hallaron vivos, alegres, y mucho mas robustos que antes. Palmaron los barbaros con el asombro: pero atribuyendo al Arte Magica la novedad; los dexaron en la misma cueva asegurados con rigurosas prisiones, hasta tanto que se tomaba en su castigo la providencia mas conveniente. Tres meses gastaron en conferir el género de muerte que debian darles, para despigar por vna parte los graves vtrages, con que el B. Thomàs ofendiò el honor de su Profeta Mahoma; y por otra, no dar ocasion à que preparicasse el pueblo, atribuyendo à providencias del Cielo los ardidés;

Parte V.

con que vnos Magos (así llamaban à los Santos Religiosos) podrian burlar el castigo, segun la experiencia que renian entre manos. Vna de las resoluciones intermedias, que les diò su genio (avilado solo para lo cruel) fuè, que se les ministrasse algun sustento; pero tan medido à vno, y otro sin de impedirles el credito, y el remedio; que sin aliviarles la necesidad, deslumbrasse la voz de que se passaban sin comer: tanto es el ingenio de la malicia; que de la misma materia de los alivios sabe sacar quintas essencias de crueldades refinadas. Arreglados, pues, à este igualmente cruel, y astutísimo dictamen, dispusieron, que vn Ministro de Justicia de los mas inhumanos (si entre ellos tenia lugar lo mas) cuydasse de llevar todos los dias à los Siervos de Dios cantidad muy escasa de harina de maíz, y agua; precizandoles à que hecho massa se lo comiesse: sustento à la verdad mas propio para acelerar la muerte, que para alargar la vida.

Poco despues de esta determinacion, suspendiò la Divina Providencia en vno de los Santos Religiosos aquel milagro; con que entre tantas causas naturales de su muerte se la impedía; y dando ya lugar à que las mismas causas obrassen segun sus influxos, le quitaron la vida muy en breve; aviendola el sacrificado con especial júbilo de su Alma, en obsequio de la Fè. El gozo de ver ya laureado con la corona del martyrio à este Siervo de Dios, era en los Compañeros igual al dolor de no poder sepultar el cuerpo; y rógaron al Ministro, que cuydaba de su prision, permitiesse darle sepultura. Esta supplica que tenia por sí toda la piedad de la naturaleza, no hallò entrada en el coraçon de aquel mas que inhumano barbaro; y dispuso se estuvièsse el cadaver insepulto muchos dias, para

X 3

añã-

añadirles con el horror, y la hediondez este nuevo tormento; cuyo nombre se halla pocas veces escrito en la nomenclatura de la crueldad. Verdaderamente, que en este glorioso conflicto no es menos de considerar la malicia del tyrano para detestarla, que la paciencia de los Siervos del Altísimo para imitarla, y engrandecerla. Qual sería, estando à lo natural, el horror de los sentidos con la continua presencia de vn cadaver? Qual la hediondez de su corrupcion? Qual el quebranto de los coraçones, viendole sin sepultura? Y qual la paciencia de aquellos benditos Varones, cantando las alabanzas del Señor entre tanto abyfmo de calamidades? Cumplidos, en fin, tres meses de tan inhumano encierro, resolviéron los barbaros facar de él à los Siervos de Dios, y ponerlos en la carcel publica algo mas aliviados de prisiones: fuese, que para esta resolucion venció à la malicia la paciencia: ò que la misma tolerancia de tan cruel prision sin perder la vida, començò à levantar en el pueblo algun rumor poco favorable à su ley.

Puestos en la carcel, ordenaron, que el B. Thomàs saliese todos los dias à ganar la comida para sí, y sus Compañeros, trabajando el resto del dia hasta la anochecer, en que debía bolverse à la carcel. Con este permiso salia el Siervo de Dios abrazado en caridad à solicitar el sustento, que comunmente adquiria sirviendo de Ganapan, à los que le conducian; ò sujetandose à otras ocupaciones mas abatidas, y viles. El tesoro de merecimientos, que grangeò en este nuevo comercio, es imponderable; porque fuera de la humillacion, y trabajo, con que ganaba la comida, se le ofrecian à cada passo los inpropios, y escarnios de los muchachos, y de la gente soez; hallando todos en

su paciencia talvoconduto, para exercitarle à la medida que le dictaba su genio. En cumplimiento de esta disposicion salia rebosando caridad, y alegría el Siervo de Dios al puesto comun de los Ganapanes, donde se sujetaba à servir aquellas ocupaciones, à que le destinaban los Conductores Barbaros. Eran estas ordinariamente las mas infames, y viles, como limpiar las pocilgas, barrer los establos, y otras semejantes. El tesoro de merecimientos, que grangeò en este nuevo comercio con la humildad, caridad, y paciencia, no tiene ponderacion: porque sobre los exercicios tan abatidos, y penosos, en que le hazian trabajar, sin darle vn instante de treguas; le negaban à vezes el escaso alimento, à que se reducía todo su jornal; y en vez de este, le embiaban cargado de azotes, y palos à la carcel. Otras vezes (y eran muchas) se entretenian con él los muchachos, y la gente soez, haziendole pesadissimas burlas. Fueron tan pesadas en vna ocasion, que despues de averle dexado en carnes vivas en la Plaza publica, le llevaron afrentosamente por las calles, sembrandole de roncachas, y cardenales todo el cuerpo à la violencia de los azotes, y palos, que le daban, para que corriese. Aviendo paseado con esta ignominia casi toda la Ciudad, vinieron à dar con el Siervo de Dios en vn lodazal asqueroso, donde le arrojaron, embolvendole en la immundicia. Los golpes, que aqui le dieron, ya con piedras, ya con palos, fueron muchos; y à su violencia quedò herido en muchas partes de su bendito cuerpo, especialmente en la cabeza, donde recibió vna herida mortal. Cansados los barbaros de atormentarle, le entregaron el Abito, para que se bolviere à la carcel: y al entrar en ella dixo à los Compañeros lleno de gozo: *Oy, her-*

manos mias, me tengo por mas dichoso que vosotros: dadme muchos parabienes; que vengo cargado de riquezas. Y porque no penséis me burlo, miradlas, miradlas bien, y tenedme, no lastima, sino embidia. Dichas estas palabras, les mostraba las heridas complaciendose con su vista, y con su dolor, como pudiera el mas codicioso Mercader con el oro, y con las piedras preciosas despues de vn exorbitante logro. Los Compañeros, aunque celebraban llenos de emulacion santa, la buena fuerre del B. Thomàs; todavia, movidos de compasion; y de lo que importaba su vida al servicio de la Iglesia: pidieron al Señor fervorosamente le sanasse. Tuvo la oracion tan feliz efecto, que desaparecieron de repente las heridas, sin quedar ni aun el vestigio de las cicatrices. Gozofos con el milagro, dieron gracias à su Magestad por tan oportuna misericordia: y solo el Siervo de Dios huvo menester toda la resignacion, para que su espíritu descansasse en paz, viendo caida de sus manos la palma del martyrio.

Mas no porque en tantos lances se viò defraudado de ella; desmayaban sus esperanças; antes se encendian mas con el martyrio à los labios, sin acabar de beberle: y arrebatado de sus impulsos, reputaba à cobardia, no provocar la muerte, para hazer con el sacrificio de ella la ultima fineza por su Amado. Quando este enamorado pensamiento se apoderaba de todo el coraçon; dexaba el Siervo de Dios la ocupacion, en que le tenían; y puesto con intrepida osadia à la puerta de la Mezquita à la hora del mayor concurso, començaba à predicar la Ley de N. S. Jesu Christo, vituperando la del falso Mahoma: y con señas, y ademanes se ofrecia al martyrio; hincandose de rodillas, è inclinando la cabeza, para que se la cortassen. Nunca falla de estos lances sin

la ganancia de cruellissimos golpes, y afrentas; siendo siempre especial Providencia Divina, que no le diessen mill muertes los barbaros irritados, y zelosos de su ley. En esta ocasion, y otras semejantes, se hazen admirables las altissimas providencias del poder Divino, dando esfuerços à sus Siervos para padecer, negando à los tormentos el efecto de quitar la vida, y dexandoles la eficacia del dolor para el merecimiento.

Aviendo los Siervos de Dios pasado vn año en este penoso modo de vida: atormentados aun mas de sus esperanças, que de sus tormentos: al fin del año supieron se trataba vivamente de cortarles las cabezas por sentencia publica. Azorado el amor con la noticia, se daban reciprocos parabienes, y contaban à figlos los instantes, que les dilataban tan gran fortuna. Pero el Señor, cuyos juycios son venerables, y siempre ordenados à los fines de su mayor gloria, lo dispuso muy de otro modo: porque noticiado el Summo Pontifice del peligro de los Religiosos, diò prompta disposicion, para que por medio de los Mercaderes Christianos se conduxesse vna buena summa de dinero, con que al fin se negociò el rescate. Recibieron los Siervos de Dios esta noticia, quando esperaban la de su muerte: y aunque en todo lo padecido avia logrado vna muy gran parte del martyrio, que deseaban; todavia fallieron muy tristes de la prision; y tuvieron, que recurrir al conocimiento de su baxeza, y à la justificacion de las disposiciones Divinas, para encontrar con la perfecta conformidad.



CAPITULO IX.

BEVELVE A ROMA EL B. THOMAS: arde prodigiosamente en nuevos deseos del martyrio: muere en alcance de estos deseos: sus milagros, y fama posthuma.

Poco sabe de las fogosidades del amor Divino quien se admira de verle forcejar con los imposibles. Es todo fuego, todo volcanes este afecto santo; y vna vez encendido, antes dexará de ser, que de moverse impetuoso ázia la esfera, que anhela. Si cayessen montes sobre sus llamas, hará facudirlos de sí; si mares, hará nuevo fomento de las aguas para su ador. Dió la buelta á Roma el B. Thomàs, dexando acabada felizmente en servicio de la Iglesia la empresa de su camino á pesar de las dificultades, que se le opusieron: y quando parece que de rendido á los trabajos, y á los años avia de recogerse al descanso: porfia en Thema sagrado de su amor, anhelando nuevamente por el martyrio. La memoria de lo que avia padecido en Egypto por su Amado, aunque por vna parte le consolaba; por otra le formaba vna Cruz penosissima, viendo defraudados sus deseos en tantas ocasiones como se le cayó de las manos su mayor fortuna. Procuraba templar esta pena en la resignacion: pero viendo se arde cada dia en mas vehementes deseos de sacrificar al martyrio la vida, reverdecian sus esperanças, y resolvia salir otra vez en busca de sus penas, sin las quales, ni podia vivir, ni hallaba sosiego. En calificacion desta inquietud amorosa obró el Señor con este fiel, y enamorado Siervo suyo vna maravilla, que por el agregado de todas sus circunstancias apenas tendrá similitud en la Historia.

Luego que bolvió de su penoso camino, y recibió la bendicion del Papa, se retiró al Convento de Montellano, donde en la Hermita de las Llagas, que hizo fabricar con el milagro referido en el Capitulo Septimo de este Libro: dió principio á vna vida mas Angelica, que humana. Solian tal vez visitarle en este retiro para su consuelo, è instruccion espiritual algunos Religiosos; entre los quales, obrenida licencia del Maestro, llegó vn Novicio. Este, despues de concluir el principal assumpto de su visita, rogó al Siervo de Dios le refiriese para su edificacion lo que avia padecido en Egypto á manos de los Turcos. Condescendió el B. Thomàs benignamente; y quando llegó á ponderar las vezes que el Señor le sacó vivo de los tormentos; comenzó á querrellarse de su poca suerte con tan ardientes suspiros, que exhalaba por la boca visibiles llamas. Creció el incendio hasta arder el rostro de modo, que no solo despedia resplandores, sino centellas: obrando este Divino incendio á medida de su poderosa actividad, le levantó en el ayre con el mismo impetu, que pudiera bolar vn encendido rayo, si aprisionado en las entrañas de la tierra, las rompiese, para buscar en la esfera su Region. Despues de aver subido con el impetu que he dicho, y con el movimiento recto, que le conviene al fuego, comenzó á correr por el ayre, dirigiendo el rumbo ázia el Convento, que estaba distante muchos pasos. La carrera, empero, fuè tan singular, que se movia el cuerpo del Siervo de Dios con movimiento progressivo; echando los pasos por el ayre, y estrivando en su baculo (que á la sazón le tenia en la mano) como si anduviese por tierra firme. En esta forma descendió, corriendo la diafanidad con notable ligereza; y vino á pa-

*Wading.
ad ann.
1447.
36.*

parar en medio de los Religiosos del Convento, que por casualidad avian salido al monte, y fueron testigos de la maravilla. Quando dió en el suelo, no cesó el impetu del fuego soberano, que movia el Siervo de Dios: antes corria por el monte como vna exalacion fogosa. Detuvieronle los Religiosos no sin fuerte violencia; y despues que se desató algun tanto de aquel estrecho abrazo, que le tenia embellido en su Dueño: le preguntaron, que adonde caminaba con tanta prisa. *Yo, respondió, á tomar embarcacion en Ortona, para passar á tierras barbaras á predicar la Fé, hasta derramar la sangre de mis venas por mi Amor, que primero la derramé por mi.* Pues no sabes, le replicaron, que no te es licito esse camino sin licencia del Summo Pontífice? Muy bien lo sé, respondió: pero yo me partiré á Roma á solicitar esta gracia, si nuestros Superiores lo tuviesen á bien. Y sin aguardar á mas, porque le daban prisa las vrgencias de la caridad, consiguió licencia del Guardian, para caminar á la presencia del Papa con otro Religioso, en cuya compañía dió principio á sus jornadas, llevando siempre fixo su coraçon en el norte de su esperança, que era, dar la vida por Christo.

Es cierto, que el suceso es digno de toda ponderacion; ya por el bolcan de amor Divino, que descubrió en este Varon todo Serafico; ya por lo que se magnifica en él la diestra del Altissimo. Nuestro Wadingo dá á entender, que la maravilla de correr el Siervo de Dios por el ayre con passo firme, consistió en condensarse la diafanidad de este elemento por la virtud Divina, dexandole bastantemente solido, para que resistiese al peso del cuerpo. Pudo ser tambien, que la misma Omnipotencia, sin solidar el ayre, concurriese con

él, supliendo la firmeza, que le faltaba; al modo que lo discurren algunos en el caso de San Pedro, quando corriendo por la superficie del mar, como si pisara la tierra solida, se fuè al Divino Salvador. Yo, empero, tengo para mi, que no se hizo el milagro por alguno de los modos referidos: sino por otro: consistiendo en la levedad, que el cuerpo ya participado del amor igneo, cuyo poderosissimo impulso, y actividad le traía por el ayre: semejante en alguna manera al cohete encendido, ó al rayo, quando andan por lo alto con obliquo movimiento. Supuesta, pues, en el Siervo de Dios esta levedad, ó ligereza del cuerpo, para poderse en el ayre, caminaba por él, moviendo los passos al influxo de la vehemente imaginacion de su viage en busca del martyrio: objeto, en que estaban abfortas, y arrebatadas todas sus facultades, y potencias. Pero de qualquiera manera que se obrasse la maravilla, siempre se queda en la esfera de lo muy prodigioso: y fuè tanto mas admirable, que la del Apostol, sobre las aguas del mar: quanto resiste menos al cuerpo solido la diafanidad del ayre, que la del agua.

Prosiguiendo el Siervo de Dios sus jornadas á Roma, para solicitar la licencia de passar á Egypto, le cortó los passos vna maligna, y executiva calentura, á cuya violencia cedieron las fuerças del cuerpo: y fuè preciso parar en el Convento de Fuente-Columbo de nuestra Observancia, extramuros de la Ciudad de Reati. A breves dias se declaró mortal la enfermedad; y aviendolo conocido el B. Thomàs, sacrificó en las aras de la resignacion los deseos de padecer: cordeles de oro, que apretados por el amor, fuerte como la muerte, no le martyrizaban menos que los potros, y cuchillos de los Tyranos. Luego

go que corrió la voz del peligro, solicitaron, y consiguieron los Reatinos pasar el bendito enfermo al Convento de los Padres Conventuales de la Ciudad, con el pretexto de cuidarle mas commodamente, y no sin la piadosa codicia de quedar interesados en el tesoro de su cuerpo. Asistieronle con regalos, y medicinas; quanto cabe en la fineza de vna caridad Christiana: mas el Siervo de Dios, que no cuydaba sino de morir, ò padecer, estimaba el afecto de sus bienhechores, y desechara los regalos, entregado todo à los abrazos del Summo Bien. Creció el peligro hasta desconfiar de la salud à los Medicos; noticia, que celebrò el Siervo de Dios con el jubilo propio de vn coraçon, que descansaba en paz, asegurado del testimonio de su conciencia; y que desea verse libre de la pesadumbre del cuerpo, para gozar à satisfaccion, y sin peligro la vista, y ofculo del Amado. En tiempo oportuno recibió los Santos Sacramentos, edificando, y enterneciendo à los Religiosos con las lagrimas en que se vertía su coraçon derretido à las eficacias del amor santo: y llegada su hora, y encomendada el Alma, la puso en manos del Criador con summa serenidad, y gozo el vltimo dia de Octubre del año de mil quatrocientos y quarenta y siete.

El cadaver quedó fresco, y tratable en todas sus conyunturas, y libre de todos los horrores de la muerte. Esta circunstancia sobre la relevante fama de santidad del Siervo de Dios, avivò la piadosa avaricia de los Conventuales, y Cavalleros Reatinos, para retener el Santo Cuerpo contra la voluntad, y manifesto derecho del Convento de Fuente-Columbo, que le pedía con instancia, y con justicia, como à Hijo de la Obsequancia. Huvieron, empero, de ce-

der, reconvenidos de los Ciudadanos; Clero, y Magistrado de Reati; cuyas suplicas, apoyadas en la derramada piedad, con que socorrian al Convento, tuvieron fuerza de ley, para que se apartassen del empeño à titulo de agradecidos. Allanado este tropiezo, y acomodado el Cadaver en el fero, le expusieron los Conventuales en su Iglesia à la veneracion; condescendiendo por este modo à la piedad de los fieles, que en numerosas tropas concurrían à venerarle; ayaídos así de la constante fama de sus virtudes, como de la voz de los milagros, que fueron muchos en aquellos dias. Quando ya llegaron à desfogarse los Concursos; y celebrados los Oficios Funerales con magnífica pompa: depositaron el Santo Cuerpo en vn sumptuoso sepulchro, que hizo labrar à sus expensas la Ciudad. Aquí hazia tantos milagros à favor de los que le invocaban en sus necesidades, que llegó à ofuscar en parte la gloria de los milagros de San Bernardino de Sena; circunstancia, que diò ocasion al prodigio, de que ya he hecho mencion en otras partes, y que bolverè à repetir aora como en su propio lugar.

Al mismo tiempo que San Juan de Capistrano con la actividad de su zelo estaba dando el mayor calor à la causa de S. Bernardino de Sena para su Canonizacion: instaban con vivas urgencias al Pontífice los Reatinos por la Canonizacion del B. Thomàs; y para reconvenir al Papa (que à la sazón era Nicolao V.) cada parte le ponderaba la grandeza, y frecuencia de los milagros de su Santo. Hallóse perplexo Nicolao en resolver à quien de los dos Santos avia de aplicarse primero; y hallando de parte de ambos razones de igual peso, casi estuvo resuelto à mediar, ò decidir la competencia, no canonizando à vno, ni à

*Vading.
citad. nu-
mer. 37.*

otro.

otro. En esta ocasion fuè quando prorrumpió el devoto Pontífice en aquel nunca bastantemente encarecido elogio de Nuestra Seráfica Religion. *Si hemos de canonizar* (dixo lleno de ternura) *à todos los que en la Religion de San Francisco hazen milagros, no tendrè la Silla Apostolica otra cosa à que atender.* O sentencia digna de toda nuestra gratitud! Escusabase de canonizar no dos Santos; y en la razon de la excusa nos dexò canonizados innumerables. Oida en fin la resolucion del Pontífice por San Juan de Capistrano, meditò para obligarle de nuevo vna de aquellas resoluciones, que eran hijas castizas de su fogaço espíritu. Fuè à Reati al sepulchro del Beato Thomàs, y valiendose de la autoridad de Prelado, que entonces tenia, le mandò por obediencia, confiado en la que le avia profesado en vida, que no hiziese mas milagros, hasta que estuvièssè canonizado San Bernardino de Sena. Cosa prodigiosa! desde aquel instante suspendió la Omnipotencia Divina la gracia de los milagros en apoyo de la obediencia del Beato Thomàs; y solo quedó pendiente el milagro de no hazerlos hasta el nuevo orden, como el Santo Capistrano se lo intimò. Canonizado despues de tres años San Bernardino, el Ministro Provincial de la Provincia de Roma, estando de passo en Reati, bolvió à mandar al Beato Thomàs, que continuasse los milagros, pues ya avia cessado el motivo de la suspension: y al punto se ofreció el siguiente caso, en que el Beato Thomàs diò muestras de la obediencia, exercitando su gracia.

Al golpe de vna hacha de hazer leña se cortò tres dedos del pie derecho vn vezino de Reati, en el mismo dia que al Siervo de Dios le mandaron bolvièssè à hazer milagros. El hombre tan lleno de dolores, como

de fe, alçò del suelo los cortados dedos, y con ellos en la mano, se fuè al sepulchro del Beato Thomàs. Aplicòlos à su lugar por la parte de la cortadura, y con alentada confianza, pidió al Santo, que le sanasse. Instantaneamente se reunieron los dedos al pie, quedando todos firmes en su lugar; pero con esta diferencia, que en los dos ni aun quedò la cicatriz: en el otro, empero, quedò vna herida muy pequeña, que nunca se pudo cerrar, aunque sin molestia del paciente. Quiso Dios, que esta boca estuvièssè voceando perpetuamente esta maravilla. Celebróse en la Ciudad este milagro con festivos repiques de campanas, y singular alborozo de todos, por ver ya corrientes de nuevo la fuente de sus alivios: demostracion, que se repite todos los años en Reati; para que no borre el tiempo la digna memoria de casos tan prodigiosos. Otros milagros no tuvieron tanta fortuna; porque de muchos, y frequentes no se pudo cuydado en anotarlos; por cuya razon quedaron sepultados en el olvido.

Solo del que se sigue quedó memoria en la gratitud. Por las frequentes lluvias, y avenidas, tomò el Rio, que baña los Campos de Reati, tanta agua, que salió de madre; y puso à la Ciudad en peligro de anegarse en su inundacion. Entò el agua en las casas, sin perdonar el Templo del Convento, donde se guardaba el Cuerpo del Beato Thomàs. Aquí creció tanto la avenida, que inundó el sepulchro, y facò de su lugar el arca, donde se guardaba el bendito Cuerpo. Muchos dias anduvo sobre las aguas, hasta que se diò forma de daries vertiente, por cuyo medio se desaguò la Iglesia. Regístróse al punto el arca, con el temor de si avria padecido el Cuerpo lesion

por

por la fumedad: y se vió no sin asombro, que, aviendo entrado mucha agua por las junturas del arca, no se ayá embebido en el Abito siquiera vna gota; y el santo Cuerpo apareció tan fresco, tratable, y hermoso, como si estuviéssse vivo. Motivados de este portentoso algunos Cavalleros de Reati, igualmente piadosos, y ricos, le erigieron vna sumptuosa Capilla, y en el medio de ella vn sepulchro de marmol en forma de Altar, guarnecido con vna fuerte, y bien labrada verja de hierro: donde hasta el día de oy es venerado con mucho concurso de Reati, y de toda su comarca; ofreciendo votos, è invocando el Nombre del Siervo de Dios en todas necesidades. La causa de su Canonizacion está muy adelantada, y no la dexa de la mano la piedad de los Reatinos, haziendose cargo de pagar en cultos, y honores quanto en beneficios, y milagros han desfrutado la intercesion de su Patrono. Escribieron de este Varon prodigioso nuestros Authores Juan Bautista de Eusebio, Mariano Florentino, Marcos de Lisboa, el Analista Wadingo, Rodulpho, Arturo de Monasterio, Barezio, y Morello Leonissano. Este en la frente de su obra pone los siguientes Distichos.

*Volvere quisquis amat sancta, & pia
facta Vivorum;
Hoc oculis, anima, mente, revolvat
opus.
Mirifica est vita, & totum memoranda
per Orbem:
Linaris Divi continet acta Thomæ.*

Algunos Authores dan al Beato Thomàs el glorioso Epitheto de *Martyr*, en consideracion, no solo de los deseos del martyrio, sino de los prolongados, y mortales tormentos,

que padeció en Egypto à manos de los Barbaros, en defensa, y testificacion de Nuestra Santa Fè. Otros Authores no se atreven à estabecerle esta gloria, fixandose en la sentença de aquellos Theologos, que piden para la essencia del verdadero martyrio la muerte actual del Martyr. No me toca, ni debo decidir la controversia, escribiendo para la Historia: si escriviera, empero para la Cathedra, defendiera en todo rigor Escolastico la opinion del verdadero martyrio del Beato Thomàs; con los mismos fundamentos, que establezco (en vn papel trabajado de mi corredad en otros años) el real, y verdadero martyrio de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, por la passion, y tolerancia de sus Sacrosantas Llagas: consiéndolo todo el fundamento de esta sentença en el apoyo de los Padres, y Theologos, que dicen ser el martyrio en rigor, no mas que vn testimonio, que dà el Martyr à la Fè, ò à otra virtud Christiana, rubricado con su sangre; ò sellado con tales tormentos, que por su naturaleza quitarian necesariamente la vida, si no los impidiéssse à fuerza de milagros la virtud de la Omnipotencia. De este principio deducen (y se confirma nuestra opinion) que San Juan Evangelista, sin perder actualmente la vida en su martyrio, fué verdadero Martyr: y MARIA Santissima mas que Martyr al pie de la Cruz, traspasada el Alma, sin morir el Cuerpo, con el cuchillo de la Passion: y aun de Isaac en el sacrificio (que haze mas dificultad) lo afirma abiertamente el erudito, y gravíssimo Cornelio Alapide, como en sus palabras copiadas en la margen se dexa ver.

A otra duda dà fundamento nuestro Arturo, que siguiendo à Pedro Rodulpho, haze al Beato Thomàs dif-

*gladium ex-
tendit, utum-
que tribulam
ei dedit, ni-
si Deus eum
evertisset. Sic
enim S. Ioan-
nes Evange-
lista, David,
aliqui verè
sunt Marty-
res; quia cleo
ferunt, leon-
ibus, & fue-
runt obicit:
Ista ab eis non
fuit Lasi, Dec-
lor protegens.
Eccipere enim
sua, & tor-
menti natura-
volunt, & no-
testario eis mi-
tionum erat.*

*Quod ergo
Deus per mi-
raculum eos
in vita ser-
vavit, id nil
natura resti-
tuit, nec coram Vir-
tutis, aut Mar-
tyrio detrahit.
Cornel. Alapide.
cap. 12.
v. 10. lib. D.*

*Doct. Subl. cum
fuit in 4. sen-
tentia 4. 9. 6.*

*Sylveira in
Evangel. tom
5. lib. 8. cap.
22. 9. 3. & 9. 9.*

*Carlag. de B.
Virg. tom.
2. lib. 12. Ho-
mil. 6.*

*Mastr. in 4.
disp. 2. q. 7.
art. 1. 193.*

*Isaac autem
verè in sacri-
ficio fuit Mar-
tyr: quia pro
alio vultus,
sollitè, ut obe-
dit Deo, cer-
ta, vult se
obtulit. Eius
enim in cum
glia.*

distinto de otro B. Thomàs de Florencia, cuya muerte pone en su Martyrologio el día seis de Febrero, cerca del año de mil quatrocientos y quarenta: y está en juicio, que padecen manifesto engaño estos Autores. Muevome à este juicio: porque del B. Thomàs, que suponen distinto del nuestro, afirman se llamó Fr. Thomàs de Florencia; que fué Lego de Profesion; que floreció en el Convento de N. S. P. S. Francisco de Fesulas; que murió por el tiempo, en que fué canonizado San Bernardino; que está sepultado en Reati; que allí resplandeció en milagros. Y siendo todo esto lo mismo, que de nuestro Thomàs escrivien, con los restantes Authores, los mismos Rodulpho, y Arturo; ya se ve quan difícil se haze de creer, que tanto agregado de circunstancias individuales se hallen en dos sujetos distintos; mayormente quando los demás Historiadores no los distinguen. Llegae à esto el patenté yerro (sea del Amanuense, ò del Impresor) que está embebido en la Relacion de Rodulpho; pues afirmando, que el B. Thomàs murió el año de mil quatrocientos y setenta y dos; dize inmediatamente sucedió su muerte en el tiempo de la canonizacion de S. Bernardino: cosas notoriamente incompatibles; porque nadie pone duda en que San Bernardino fué canonizado por Nicolao Quinto el año de mil quatrocientos y cincuenta; veinte y dos años antes del de mil quatrocientos y setenta y dos. Tengo por cierto; que la equivocacion de estos Authores se ocasionó de los dos nombres de Thomàs de Florencia, y Thomàs de Escarolino, con que era igualmente conocido el B. Thomàs, y de que sabían con indiferencia los Escritores de su tiempo; tropiezo, que tiene sobrados exemplares en todo genero de Historias Eclesiásticas, y profanas: y siem-

Parte V.

pre con disculpa; mayormente quando la distancia de los tiempos desparece de nuestra vista la luz de la verdad.

CAPITULO X.

DE OTROS RELIGIOSOS DE SANTA VIDA, que florecieron por estos tiempos.

NO parecia la Familia de nuestra Regular Observancia por estos tiempos, sino vn campo lleno, à quien bendixó el Señor. Apenas le nacia Hijo, en que no descollasse vna flor, vna maravilla, que con la belleza de santos exemplos contribuia à la guirnalda de su gloria; y con el buen olor de virtudes, y milagros, à la extension de su fama. No pafse por en carecimiento; lo que es sencilla verdad, que se dexa ver en los illustres Varones, cuyas vidas, y prodigios daran materia à este, y al siguiente Capitulo.

En la Galia Narbonense, en la Ciudad de Cahors, Metropoli del Obispado de Cadurco, es glorioso el sepulchro del Venerable, è Illustríssimo Don Fray Francisco de Cardahiliaco. Fué Hijo de noblíssimos Padres; y aviendo pasado sin tropiezo su juventud en el siglo, se dexó guiar de la luz del desengaño al estado Religioso en nuestra Seráfica Religión; Desde luego dió muestras de su buen ingenio; igualmente inclinado à la virtud, y à las letras; motivo para que los Prelados le aplicassen à estas en la Vniversidad de Paris. Aquí entregado todo à las obligaciones de Religioso, y Estudiante, hizo en vnas, y otras tan admirables progresos, que à pocos años era ya venerado como Oraculo de santidad, y sabiduria. Llegó su fama hasta Roma, y el Pontífice, despues de averle mandado, que recibiesse los Grados de Maestro, y Doctor Parisiense,

Y

siense,

siene, le creó Obispo de Cabalino. Dió esta Dignidad todo aquel lleno, que se esperaba de sus relevantes prendas; empleando vno, y otro caudal de rentas, y talento en el socorro, è instrucción de sus Feligreses. De Cabalino le trasladó el Pontífice al Obispado de Cadurco su Patria, donde ascendiendo siempre nuevos grados de Santidad, acabó la carrera de la vida lleno de dias, y merecimientos. Su sepulchro está frequentado de la devoción con votos, y presentallas, desde el año de mil quatrocientos y quatro, en que fué su dichosa muerte; y es conocido en todo aquel territorio por solo el nombre del Obispo Santo. No dan las Historias de este V. Varon mas individuales noticias.

En la Vmbria en el Convento de Camerino yaze el V. Fr. Bernardo de Fabriano, Varon exemplarissimo, que llenó casi ochenta años de vida de prodigiosas virtudes. En la contemplacion Divina llegó à superior estado de vnion, donde le comunicaba el Señor sus mas intimos secretos. Revelóle en vno de estos el dia, y hora de su muerte; y aviendo celebrado esta noticia con el jubilo de quien deseaba soltar las cadenas de su prolongada prision, para bolar à la Patria: previno à los Religiosos, y señaló su sepultura. Murió el mismo dia, y hora, que predixo, y los Religiosos le dieron la sepultura, que señaló: donde hasta oy es venerable su memoria.

En el Convento de N. S. P. S. Francisco de Valladolid, Metropoli de la Santa, y gravissima Provincia de la Cõcepçion en Castilla la Vieja, yaze el V. P. Fr. Pedro de Santoyo, vno de los primeros Padres de la Observancia en España, y primer Custodio de la referida Provincia. Ordenóse de Sacerdote en el siglo; y sintiendo en su coraçon vna extraordinaria mudança

de la diestra del Altissimo el mismo dia destinado à la celebracion de su Misa nueva con el concurso de todos sus parientes: los dexó santamente burlados, huyendo al Convento de N. S. P. S. Francisco de Padres Conventuales de Castro-Xeriz, donde tomó nuestro Santo Abito. Hecha su Profesion, fué avisado del Cielo pasasse al Convento de la Aguilera, para que en la compania del V. Fr. Pedro de Villareces guardasse nuestra Seráfica Regla en todo su rigor literal. De aqui, aviendo vivido vn año en summa austeridad de vida, pasó à Jerusalem con el espíritu de visitar los Santos Lugares: y dando la buelta por Italia, tuvo la buena suerte de conocer, y tratar à San Bernardino de Siena, famoso ya en toda Europa por su virtud; y sabiduria. Comunicóle el V. Santoyo todas las interioridades de su Alma; y con los dictámenes de San Bernardino hizo admirables progresos en la practica de las Virtudes. Confirieron tambien largamente el estado de la Religion en España, discutiendo los medios mas oportunos, para dar calor à la extension de la Familia Observante; y despues que se tomaron las convenientes resoluciones, se bolió à España, donde fundó vnos Conventos, y reformó otros; dexandolos todos en la pura observancia de la Regla. Hallóse en el Concilio Constantinense, en el qual dió admirables señas de zeloso espíritu; y electo Prelado de la Custodia, que oy es Provincia de la Concepcion, la governó con igual zelo, y prudencia, y la condecoró con su nombre, llamandose la Provincia de Santoyo, desde los tiempos de Sixto Quarto, que la crió en Provincia hasta el año de mil quinientos y diez y ocho, en que por graves cõsideraciones tomó el nombre de la Concepcion de Nuestra Señora. Llegó el V. Santoyo à vna edad muy

cre-

crecida, sin afloxar vn punto el rigor de sus austeridades: que al fin le quitaron las fuerças, y ocasionaron la vltima enfermedad. En ella, recibidos los Sacramentos con edificacion de los Religiosos, commutó la vida temporal por la eterna, el año del Señor de mil quatrocientos y treinta y vno, à siete de Abril; en el referido Convento de N. S. P. S. Francisco de Valladolid; donde tiene honorífico sepulchro, que hasta oy difunde el buen olor de su santa fama.

En el Convento tambien de N. S. P. S. Francisco de Mallorca murió, y está sepultado el V. P. Fr. Bartholomé Gataneo, Varon Doctissimo, Illustrado, y Predicador, y fidelissimo Conductor de la Observancia en aquellas Islas. Fundó algunos Conventos en lugares por la mayor parte desiertos, y que con su mucha soledad están excitando à los exercicios de la oracion, y penitencia. En vno de estos eligió (supuestas las debidas licencias) vna gruta, ò cueva, y donde vivió por algunos años en increíble austeridad de vida, entregado todo à la comunicacion intima de su Amado. Saóse de este retiro, bien contra su voluntad, la obediencia, para ponerle en el exilio de la Prelacia, haziendole Custodio de aquella Provincia, que entõces era Custodia. Governóla con singular prudencia, y espíritu; doradas cuerdas; con que tenia gustosamente atados los subditos à su voluntad; y con que traxo à muchos Varones Doctissimos de la Conventualidad à la Observancia. Illustróle Dios con el don de profecia; y despues de aver llenado de tantas obras la planicie de su vida, murió en el oculto del Señor en el mismo Convento de Mallorca. No obstante, que su Cuerpo quedó tratable, y hermoso, le dieron sepultura en el entierro común de los Frayles. El Señor, empero, que es si-

Parte V.

delisimo en zelar el honor de sus Siervos, quiso que el Santo Cadaver de Fr. Bartholomé se mirasse con mas singulares atenciones; y à este fin llamó la piedad, y frecuencia de los Pueblos con la voz de los milagros. Estos, que fueron muchos, y notorios, dieron ocasion, à que passados los diez y ocho años despues de su muerte, se registrasse el sepulchro; no sin esperanças de hallar libre de la corrupcion aquel Cuerpo Santo, que à la Omnipotencia servia de instrumento para tantas maravillas. No salió salido el instante de la piedad; porque, abierta la sepultura; apareció el bendito Cadaver incorrupto, fresco, y tratable. Este portentoso estímulo con mas ardor à los Mallorquines, para que en el mismo Convento le labrasen vn sumptuoso Mausoleo, donde hasta oy le venera en piadosos concursos; no solo Mallorca, sino tambien Menorca, y aun Cataluña.

En el Monasterio de las Clarisas de Halsbacha, de la Provincia Argentina, en la superior Germania, tiene piadosas veneraciones el V. Fr. Juan Contingero; cuyas heroycas virtudes acreditó el Señor con el don de profecia, y la gracia de los milagros. Fué Compañero de San Juan de Capistrano; y le tenia el Santo en tan alto concepto, que le embiaba à la presencia de los Princes, para que en él cehasen de ver vna viva imagen del Christiano desengaño. Pasó al Señor con aclamacion vniversal del Pueblo; y fué sepultado en el referido Monasterio de las Clarisas de Halsbacha.

En la Toscana se conserva la gloriosa opinion de Fr. Bernardino Hequesio: Varon de virtudes heroycas, que le llevaron de la mano à la altura de la contemplacion Divina; cuyas dulcissimas influencias le traian todo embriagado, y extatico. Muchas ve-

Y 2

255